IZQUIERDA REPUBLICANA

Año XIII | Oficinas: S. Juan de Letrán 80, 4o. piso | Mexico, D. F. Julio - Agosto de 1952 | Registrado como artículo de segunda clase en la Administración Central de Correos de México, D. F., el 19 de abril de 1948. | Núm. 78

ANTE EL CONGRESO SOCIALISTA DE TOULOUSE

Aislamiento y espíritu combativo son expresiones contradictorias

El reciente discurso de Don Indalecio Prieto, pronunciado en homenaje dedicado por los socialistas residentes en México al actual presidente del Partido, don Trifón Gómez, nos ha producido satisfacción por un lado y dolor por otro: satisfacción, porque para nosotros es agradable comprobar los grandes arrestos del señor Prieto, reflejo real del estado de su salud, que, por fortuna, no es tan precario como el mismo interesado cree; dolor, porque nos apena profundamente ver a figuras relevantes de la política española emigrada tan faltas de fe, el ánimo decaído, ensombreciendo más de lo justo el panorama en actitud lindante con el renunciamiento, cuando es deber de todos los hombres responsables enfrentarse con la realidad, con mayor ahinco cuanto más tenebrosa, no cejando ni un instante en el combate, abriendo perspectivas —en vez de contribuir a cerrarlas— para mantener, al menos, el espíritu republicano en tensión permanente, espoleando la voluntad de las generaciones nuevas, no impulsándolas con posiciones derrotistas y con interpretaciones demasiado subjetivas a la indiferencia o al conformismo.

No es, en los momentos actuales, buena táctica entregarse a rememorar el pasado, ni a hacer un recuento de errores o de aciertos. Es éste un instante de decisiones terminantes pensando en el futuro a través de las posibilidades o de las dificultades de hoy y, aunque extraigamos del pretérito las experiencias que son enseñanza y guía, no debemos detenernos demasiado en la evocación de episodios dolorosos ni mortificarnos midiendo el volumen de errores o fracasos. El señor Prieto se obstina en querer endosar a los demás los suyos propios y lo hace, seguramente, más que por prurito de ataque, por necesidad de desahogo espiritual. Pero lo hecho, hecho está, y no seremos nosotros los que recordaremos al señor Prieto los reiterados llamamientos que los republicanos hicimos a la cordura para que aquellas gestiones con las fuerzas monárquicas no condujeran al descrédito o, por lo menos, para que no contribuyeran a mellar gravemente el instrumento de combate que constituía a la sazón el Gobierno de la República en el exilio, en el que estaban representadas nada menos que todas las fuerzas antifranquistas de signo republicano, actitud nuestra que no la dictaba una caprichosa intransigencia, sino que se fundaba en la certeza de la esterilidad de la gestión, cosa que probaron varias veces las manifestaciones concretas de los representantes más calificados de la Monarquía, como don José María Gil Robles y el propio don Juan de Borbón. Nuestra negativa a participar en tales conversaciones no la inspiraba solamente sentimientos que repugnaban el contacto con los cómplices del franquismo durante la guerra civil, sino el convencimiento de que aquello que los monárquicos perseguían no era otra cosa que sembrar con eficacia la desunión en nuestro campo y la inutilización de los órganos institucionales que resurgieron al finalizar la guera mundial, y que eran un serio obstáculo en el ámbito internacional para el triunfo de sus designios.

No fué la nota tripartita, como el señor Prieto supone, una invitación para que se creara instrumento tan heterogéneo. La nota tripartita fué, en realidad, una nueva forma de la política de no intervención de las grandes potencias, aderezada con una aparente preocupación por el problema español. No habiendo sido Francia secundada en sus decisiones concretas: cierre de la frontera, acogida cordial en su territorio al Gobierno de la República, Inglaterra y los Estados Unidos tenían algo que hacer que justificase su actitud inoperante. Rusia nada hizo, que se sepa, en ninguna de las reuniones internacionales celebradas por los llamados "cinco grandes" para que el mundo democrático se lanzara abiertamente contra quien había sido su beligerante en la contienda. La nota tripartita no contenía en verdad elemento alguno que permitiera hacerse ilusiones sobre posibilidades futuras, y tan lo entendió así el Gobierno de la República que no ocultó su decepción en respuesta que precisamente fué redactada por uno de los hombres más eminentes del Partido Socialista, por Don Fernando de los Ríos. A pesar de la nota tripartita, contra el criterio en ella sustentado, el Gobierno en el exilio obtuvo la condenación del franquismo a que se contrajo la resolución de las Naciones Unidas de 1946. Y en esa resolución sí que existían fecundas perspectivas, tal vez las precisas para determinar el derrocamiento de la tiranía si no se hubiera entrecruzado el episodio del Pacto monárquico, nuestra desunión y el desamparo internacional, producido por razones que nos son ajenas, pero también en parte por la desorientación que con el espectáculo de nuestra desunión ofrecíamos a las Cancillerías.

Decíamos al principio de este artículo que no vivimos en un instante en que sea adecuado volver la vista al camino ya recorrido. Lo que apremia es laborar con el pensamiento puesto en el porvenir. No es, naturalmnete, una actitud política el quietismo, ni un líder, ni simplemente un soldado de filas, que tenga el alma henchida de ilusión, consciente del deber, puede defender el aislamiento como táctica, en espera de mejores días. Una situación espiritual deprimente, una crisis moral íntima, cualquier estado del alma, pueden constituir razones subjetivas, causas personales muy respetables, pero no es lógico hacer de ellas pauta u orientación para una colectividad. Una colectividad política no puede prescribirse a sí misma el aislamiento porque perdería su esencia política. No ha sido en la soledad como se han ganado las grandes batallas decisivas. Aislamiento y espíritu combativo nos parecen términos antitéticos. El aislamiento es más bien signo de impotencia o confesión de fatiga que propósito de lucha. El cansancio personal, el desencanto de cada cual pueden promover resoluciones también personales; cualquiera de nosotros tiene derecho al aislamiento o al reposo, bien merecidos en nuestras circunstancias, pero sin pretender debilitar el impulso de los más combativos.

No es justo el señor Prieto en su desdén hacia los republicanos. Los republicanos no han negado ni niegan al Partido Socialista ni su autoridad ni su fuerza, en buena parte dimanadas de su carácter internacionalista. Precisamente porque reconocemos y valoramos su importancia, es por lo que consideramos su actitud, y ese posible aislamiento, como muy graves para la defensa de los intereses de la democracia española. Ni el señor Prieto ni ninguno de sus amigos ignora la fuerza positiva, de carácter nacional, del republicanismo, en el interior como en el exilio. Sin referirnos más que a nuestro partido de Izquierda Republicana, los socialistas saben que, como los suyos, nuestros cuadros directivos subsisten y actúan clandestinamente en el suelo de la patria y que en el exilio nuestras agrupaciones son numerosas: sólo en Francia cuenta Izquierda Republicana con crecido número de agrupaciones departamentales. En México, el Ateneo Salmerón tiene, como la Agrupación Socialista, centenares de afiliados, y existen organizaciones de nuestro partido en casi todas las Repúblicas Americanas de habla española, en los Estados Unidos, en Puerto Rico, en Inglaterra y en Africa del Norte. No vamos ahora a hacer cálculos o especulaciones sobre el arraigo que cada cual posee en el alma nacional; debe bastarles a los socialistas con saber que, aparte de la adscripción directa a nuestras filas, aparte de las listas de afiliados, los partidos republicanos han poseído y poseen hoy, a pesar de todo, una opinión difusa que se concretaría a su favor como elemento de equilibrio y de orden de la sociedad española en cualquier consulta libre a la voluntad popular.

(Pasa a la 2a. Página)

La Octava Asamblea General celebrada en París

Importante declaración política de Izquierda Republicana en Francia

Durante los días 14 y 15 de Junio últimos, la Agrupación de Izquierda Republicana de Francia, que cuenta como se sabe con buen número de agrupaciones departamentales, celebró su Octava Asamblea General Anual, concurriendo delegaciones departamentales.

En la asamblea se dió lectura de la memoria-informe de Secretaría general. Fueron examinados diferentes temas relacionados con la vida orgánica del partido y se produjo luego un amplio debate sobre la situación política general. Este dió lugar a la declaración política siguiente:

> La VIII Asamblea de IZQUIERDA REPUBLICANA de Francia, después de rendir el merecido homenaje a nuestros abnegados correligionarios que en el interior de España luchan denodadamente contra la tiranía, y de reiterarles, así como a cuantos viven diseminados por el mundo, el firme propósito de continuar sin desmayo nuestro esfuerzo por la liberación de España:
>
> Afirma una vez más su decisión de acatar y servir a las Instituciones republicanas, como representación legítima de la última expresión de la voluntad de nuestro pueblo, y entiende que pueden y deben ser el instrumento más útil para el derrocamiento de la dictadura franquista y el restablecimiento de la República.
>
> Considera justificada, al igual que lo hizo la Agrupación hermana de México en su Asamblea de 9 de febrero último, la posición adoptada por el Consejo Delegado de nuestro Partido —que aprueba íntegramente— de no participar en la actual formación ministerial, habida cuenta de las circunstancias en que la crisis se produjo y solucionó; expresan su deseo de que el Gobierno de la República esté integrado por representaciones directas de los diferentes partidos democráticos, dándole así la máxima autoridad y eficacia.
>
> El torpe abandono en que los gobiernos democráticos dejan a la España republicana en la tarea dirigida a la reconquista de sus libertades, y a la falta de éxito del intento de derrocar el régimen franquista con la colaboración de fuerzas políticas no republicanas, proclamada por sus propios promotores, son hechos por los que se cree es ahora, más que nunca, imperativo reagrupar en un frente sólido y eficaz a las fuerzas de la emigración que establecieron y defendieron la República en el interior del país y que aspiran a restaurarla, con objeto de fijar las bases de un acuerdo de acción común y pide al Consejo Delegado del Partido que reanude las conversaciones pertinentes a este fin.

Izquierda Republicana, presente en el Congreso de la Liga Francesa de los Derechos del Hombre

En el reciente Congreso anual de la Liga Francesa de Derechos del Hombre, celebrado en París, intervino una delegación de la Liga Española, presidida por nuestro correligionario José Ballester Gonzalvo, presidente de la Comisión Ejecutiva de Izquierda Republicana en Francia, quien tuvo lucidísima intervención, consiguiendo que se adoptase una enérgica moción contra la dictadura española.

En este Congreso se leyó un mensaje del ex-Jefe del Gobierno de la República, don Alvaro de Albornoz, que dice así:

Sr. Presidente de la Liga Española de los Derechos del Hombre.—París:

Querido compatriota y amigo: Corresponde el honor de haber fundado la primera Liga Española de los Derechos del Hombre al ilustre D. Luis Simarro, en momentos en que la reacción española parecía resucitar la leyenda negra que tanto desprestigio ha causado a nuestra patria, y el libre pensamiento europeo replicaba con el monumento eregido a Ferrer en Bruselas a los patíbulos levantados en Barcelona, la hermosa ciudad mediterránea —el Pireo de nuestra Grecia— predilecta del verdugo, de crueldad y sordidez aldeana, en venganza de su espíritu cosmopolita, universal y por ende revolucionario. Muerto el maestro insigne, tan preclaro hombre de ciencia como dechado de civismo, pasaron unos años hasta que otro gran español, el glorioso Don Miguel de Unamuno, asumió de nuevo la iniciativa y tomó en sus manos la antorcha y el escudo del Derecho, acompañado de algunos compatriotas entre los cuales tuve yo la honra de contarme Ya hizo de esto —en el mes de Marzo pasado— diez lustros, que semejan, en el vertiginoso y catastrófico transcurso de los acontecimientos, toda una época histórica.

Si entonces, en aquella España de clandestina vida pública, de irresponsables poderes, poblada de miasmas deletéreos, en que ya rugían subterráneos, los odios, pero todavía no silbaban las balas, en que ya pululaban los sabuesos y los escribas, pero aún no actuaban los sicarios, era necesaria nuestra Institución, ¿qué no será ahora en medio de la anarquía totalitaria en qué campan por sus respetos las bandas feroces de delincuentes a título de públicos funcionarios y usurpan y monopolizan la autoridad del Estado las asociaciones de malhechores? Y si entonces necesitábamos de la ayuda de los organismos extranjeros constituídos con igual designio que el nuestro ¿qué no será ahora, en medio de una Europa y de un mundo no ya escindidos, sino rotos y en pedazos, en que todo son cortinas —por no decir compartimentos— cortinas de hierro, cortinas de oro, cortinas de humo, cortinas de telarañas en los ojos antes más clarividentes, de corcho en los corazones antes más sensibles? Y es para tan gran dolor pequeño consuelo que se hable de un "mundo libre" exornado de dictaduras con magisterio en las Naciones Unidas, decorado de oligarquías feudales con o sin turbante, con trofeos como la descriminación racional que parecía haber concluído para siempre con la hazaña y el sacrificio de Lincoln.

España grita su derecho, clama su justicia, pero los oídos están sordos. Seguid, queridos compañeros, como es nuestro deber, golpeando en el granito. Llamad, acudid a todas partes. Apelad, sobre todo, a nuestros hermanos, a esas beneméritas Ligas que tantas batallas han reñido por la justicia. Un abrazo a todos, franceses, alemanes, austríacos, italianos, belgas, portugueses, argentinos... "Remember España! Y pedid un aplauso para nuestros dos insignes maestros, el gran Simarro y el gran Unamuno, fulminado espiritualmente por el fascismo en su Universidad de Salamanca, al pie de la estatua de Fray Luis de León... Y un minuto de emocionado silencio en honor y gloria de las víctimas innumerables de la tiranía española.

Vuestro, con entrañable solidaridad, compatriota, amigo y compañero.

Alvaro de Albornoz

La lectura de este mensaje fué acogida con una clamorosa ovación.

ANTE EL CONGRESO SOCIALISTA DE TOULOUSE

Viene de la 1a. Página)

En esta valoración de fuerzas, el Partido Socialista debe medir con cautela la consistencia de su influjo en la Unión General de Trabajadores, no considerando a la ligera una identidad que es más aparente que real entre las dos organizaciones, y de ahí la diferencia de pensamiento entre Indalecio Prieto y Trifón Gómez. El Partido Socialista ha creído ver siempre en la U. G. T. su arma coactiva fundamental e inalterable. La U. G. T., con sus cuadros sindicales fué a veces en España, el instrumento revolucionario que defendiendo justas reivindicaciones económicas sintonizaba con inquietudes políticas del momento, y servía a la causa republicana propugnada por el Partido Socialista. La U. G. T. fué en ocasiones en España, como en otras la C. N. T., el motor de la acción revolucionaria. La U. G. T. como la C. N. T., seguían así unas directrices coincidentes con socialistas y republicanos. Pero esto puede no suceder siempre. No hay que perder de vista —y ya Trifón Gómez quiso apuntarlo en su discurso— que el sindicalismo estricto no admite tendencias políticas: el sindicalismo excluye a los partidos. El obrero pertenece al sindicato como profesional, como trabajador, no como político, y las cuestiones sindicales, de raíz exclusivamente económica, afectan a todos los obreros, cualquiera que sea su matiz. El sindicato es con frecuencia oportunista, está sólo a la espectativa de coyunturas sociales favorables, no sucediéndole lo mismo al partido, que precisa un ambiente espiritual determinado para desenvolverse, unas circunstancias, unos sentimientos, un contenido ideal tanto como un programa económico. El sindicato puede tener un carácter más conservador, siendo accesible a gentes de ideología política dispar. El socialismo es Pablo Iglesias, en España; Jaurés y Blum en Francia, luchadores políticos infatigables, no fríos espectadores del panorama social, atentos sólo a la evolución de las doctrinas económicas.

Lo que sí es evidente es que sólo en el triunfo de una tendencia izquierdista los sindicatos pueden ver satisfechas sus apetencias como intérpretes de las necesidades de los obreros, y en España, fundamentalmente, tampoco el socialismo podrá lograr verdaderas conquistas más que bajo un régimen republicano. Por eso, porque es esa una lección arrancada a la historia, podemos afirmar que el socialismo español o será republicano o no será. Nos parecía sencillamente absurdo, desconocedor del verdadero carácter de la monarquía española, aquel pensamiento que algunos sustentaban de que socialismo y monarquía pondrían coexistir, ilusionados, sin duda, con hallar en España —en donde ni aún el liberalismo es conciliable con la monarquía— horizontes análogos a los de Inglaterra, Bélgica, Holanda o los Países Escandinavos, monarquías propicias a las evoluciones políticas, sociales o económicas que demande la voluntad nacional. Y no ya absurdo, sino muy peligrosa por su significado, esa observación de Trifón Gómez de que el Partido Socialista no puede comprometerse a dar sus votos a la República, contradiciendo así una actitud clara y repetidamente expuesta por el tradicional socialismo español.

Todas estas reflexiones nos inducen a esperar que los socialistas no se decidirán por ese aislamiento a que se les invita y que en nuestra opinión es opuesto a las exigencias actuales. Estimamos —lo estima así cuanto en España hay de sentimiento liberal— que es éste precisamente un instante de combate en el que hemos de dar idea de nuestro vigoroso empuje y de nuestra capacidad política frente a todos los obstáculos nacionales e internacionales.

Ni el pesimismo a que a veces se entrega don Indalecio Prieto, desmintiendo así sus dotes de esforzado luchador, ni el criterio de fácil adaptación a las circunstancias adversas de Trifón Gómez pueden inspirar una táctica saludable.

Nosotros estamos dispuestos a persistir en la lucha, redoblando el brío y aunando los esfuerzos. Consideramos que la unión —práctica, no teórica, para realizaciones concretas e inmediatas— en un organismo revolucionario de signo republicano, democrático y liberal, es imprescindible y que esa unión no sería completa sin la presencia socialista. Declaramos los republicanos que, de todas suertes, estamos dispuestos a ser consecuentes con nuestra trayectoria y a no desoír los clamores de nuestra conciencia que nos grita: acción, acción, acción.

EL 18 DE JULIO EN NUEVA YORK

(Viene de la 3a. Página)

Los Hombres de la República

Otras veces, para explicar la pérdida de la República, se habla, por ejemplo, de que los hombres de la República demostraron en el gobierno poca preparación para la ardua función de dirigir los destinos de un país. No diré yo, en respuesta a eso, que los hombres de la República fueran, todos ellos, unos genios infalibles y sobrenaturales; pero sí se puede afirmar que pocas veces ha estado gobernada España por hombres de ideas tan claras y justas sobre la realidad española y de capacidad tan efectiva para llevárlas a la práctica. En general, los hombres de la República no se equivocaron sobre las necesidades de España ni sobre el modo de satisfacerlas, aunque encontraron en su labor dificultades enormes. Claro que hablar de hombres de la República me refiero a quienes permanecieron fieles a ella, no a quienes, al amparo del régimen, trataron primero de desviar o interrumpir su obra y luego la traicionaron. Los hombres de la República de que yo hablo son simplemente quienes actuaron como republicanos sin tacha ni desmayos. Entre ellos nadie se equivocó por cierto al apreciar lo que realmente significaba nuestro drama en aquella coyuntura histórica, ni al augurar las consecuencias profundas que habría de tener en el mundo. Sobre tales extremos se equivocaron ciertamente algunos políticos y gobernantes extranjeros a quienes se suele considerar sin reservas grandes estadistas; pero no se equivocaron en cambio los gobernantes republicanos españoles a quienes se regatea o niega tal título. Los gobernantes republicanos españoles vieron entonces claro, sin que les cegara el resplandor de los bombardeos inmediatos, ni limitara sus perspectivas la cercanía de una guerra cruel.

Y en cuanto se refiere a la labor de gobierno que esos hombres realizaron en España, puede decirse —hasta dónde cabe afirmar eso de una obra política— que durante el período en que estuvo gobernada por ellos, la obra de la República fué una serie de aciertos y de buenas inspiraciones y, en su conjunto, una creación sólida, justa y progresiva, acorde con la realidad española.

Fácilmente podremos apreciar el acierto y la solidez de la obra que realizaron los hombres de la República si la juzgamos por lo que se necesitó para destruirlo: cerca de tres años de guerra terrible y todo el poderío de las grandes potencias totalitarias al servicio de los militares felones que, a su vez, las servían. Y aun más tarde, después de la victoria destructora y cruenta, una persecución feroz, una represión de crueldad tal como no hay ejemplo en la historia de ningún otro país. ¿Fué, pues, tan superficial y errónea una obra que ha necesitado medios tan formidables y monstruosos para intentar destruirla? Y no se olvide a este respecto que, aun después de tan cruentas persecuciones y violencias, de tan tremendos dolores y tan implacable tiranía, aun hay hoy en España algo vivo de aquella obra, aun hay rescoldos de aquel fuego creador, aun alienta entre las ruinas un soplo de vida, anuncio de resurrección.

Ninguna razón moral ni de conveniencia nacional justificaba la sublevación contra aquella obra, que los republicanos podemos contemplar hoy con tanto orgullo porque fué la República la que la realizó, y con tanto dolor al verla aniquilada bárbaramente.

Realizar aquella obra fué virtud republicana. Destruirla fué labor de unos felones en connivencia con el totalitarismo internacional. La República española, víctima de un golpe de Estado internacional, sufrió una tremenda injusticia internacional. Tan enorme, que el republicano español encuentra en su misma magnitud un nuevo —y triste— motivo de orgullo. El hombre solo contra fuerzas formidables percibe la medida, no de su pequeñez, sino precisamente de su grandeza. Y así podemos vanagloriarnos de la grandiosidad de aquella obra que la República logró y que la confabulación del totalitarismo, la traición y la cobardía destruyeron.

Estaba, pues, justificado que al arrancar de nuestro calendario republicano la hoja que lleva escrita la fecha de hoy, dedicáramos unos momentos de meditación a poner en claro unas verdades elementales sobre la historia de la República, cuyo fin dramático nos entristece, pero cuya gloria es tan pura que nos permite sentirnos orgullosos de ser republicanos. Sentimiento que ninguna injusticia, por enorme que sea, puede destruir.

Izquierda Republicana en otras reuniones internacionales

Izquierda Republicana, mediante la activa intervención de Don José Ballester Gonzalvo, Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Agrupación de Francia y Vocal del Consejo Delegado, ha estado presente en el "Congreso de la Liga francesa de Derechos del Hombre", en el "Congreso de Maestros de Francia" y en la "Conferencia anual de la Educación Nueva". En todas estas manifestaciones, a propuesta del Sr. Ballester, e igualmente con la intervención y apoyo de Don Rodolfo Llopis, Secretario General del Partido Socialista, se aprobaron mociones contra Franco ,sobre todo protestas contra la posibilidad del ingreso de la tiranía española en la UNESCO.

Nuestros enfermos

Don Vicente Sol.—De Santiago de Chile nos comunican la desagradable noticia de que nuestro gran amigo y correligionario, el ex-ministro Don Vicente Sol Sánchez, ha sido sometido a una delicada intervención quirúrgica. Parece ser que la intervención ha sido practicada con éxito, pero don Vicente Sol se verá obligado a guardar una larga convalecencia.

Deseamos que el enfermo mejore rápidamente. Ya sabe Vicente Sol cuánto le queremos y el interés con que seguimos la evolución de su enfermedad, haciendo los votos más sinceros por su curación.

Don Jaime Vidal Isern.—Nuestro correligionario Don Jaime Vidal Isern, fundador de Izquierda Republicana y directivo durante muchos años de nuestra organización en Palma de Mallorca, ha sido operado recientemente, en el Sanatorio Español de México. Afortunadamente el Sr. Vidal Isern se encuentra restablecido de la grave enfermedad sufrida.

Fallecimiento de don Ramón González Peña

Víctima de larga enfermedad, falleció en México el 30 de julio el ex-ministro socialista Don Ramón González Peña. Su entierro constituyó una imponente manifestación de duelo a la que se asociaron todos los emigrados españoles, estando presentes, además de sus familiares, Don Alvaro de Albornoz, Don Indalecio Prieto y las directivas de todas las organizaciones políticas y sindicales. En el acto del sepelio, pronunció conmovedoras palabras Don Ramón Lamoneda.

El doctor don Ignacio Purpon en Norteamérica

El distinguido urólogo, Dr. Don Ignacio Purpón Martínez, acompañado de su esposa e hijos, ha marchado por una larga temporada a Norteamérica, para hacerse cargo de la clínica de Urología en el Sanatorio "La Heyclinic" de Boston.

Deseamos al Dr. Purpón muchos éxitos en su nuevo cargo y nos felicitamos de que un amigo y compatriota nuestro obtenga grandes triunfos en su carrera, alcanzados por su inteligencia, laboriosidad y amor al estudio.

AVISO

Recordamos a nuestros Afiliados que el Correligionario Manuel Arilla, atenderá a todo aquél que necesite información sobre asuntos de Migración y Naturalización y tramitación de la correspondiente documentación, todos los días laborables, de 4 a 6 en Palma Norte 315, despacho 313 y en nuestro local, San Juan de Letrán 80, 4º piso, de 6 a 8.

Todas aquellas personas que tuvieren en tramitación asuntos relacionados con las Secretarías de Gobernación o Relaciones Exteriores y que hubieren sido confiadas al Sr. Eduardo de Palma, y no tuvieren noticia alguna de los mismos, pueden dirigirse a nuestro correligionario Manuel Arilla, San Juan de Letrán 80, 4º piso, quien al fallecimiento del mencionado Sr. Palma, se hizo cargo de los mismos y les dará cuenta del estado de sus documentos.

EL 18 DE JULIO EN NUEVA YORK

IMPORTANTES DISCURSOS DEL Gral. ASENSIO Y DE DON CARLOS ESPLA

Nueva Yor.—El 19 de julio se celebró en los salones de "La Nacional" un gran acto de aniversario de la sublevación franquista, organizado por SOCIEDADES HISPANICAS CONFEDERADAS, y al mismo asistieron varios centenares de entusiastas españoles, que sin hacer caso del tórrido calor y renunciando a las delicias de la playa y la montaña, no quisieron dejar pasar la fecha sin la oportunidad de reafirmar sus ideales democráticos.

El acto conmemorativo estuvo presidido por el Sr. Julián Benedet, secretario general de las Confederadas y en la presidencia se sentaron igualmente los señores Fortunato Baronat, Pedro Sellares y el Gral. José Asensio.

El Sr. Benedet, en palabras de gran inspiración, explicó el alcance de la reunión, y recordó el 19 de julio en Nueva York, cuando llegaron a esta ciudad las primeras noticias de la traición militar, y cómo los españoles de los Estados Unidos se apresuraron a hacer causa común con sus hermanos de la Península.

A continuación, el Sr. Benedet hizo la presentación del primer orador, el Sr. Arturo Barea, el famoso escritor madrileño que desde 1939 hizo popular el seudónimo de "Juan de Castilla" desde los estudios de la BBC de Londres. Berea, un producto típico de la República española, es el autor de la famosa trilogía "La Forja de un Rebelde", libro publicado hasta la actualidad en 13 idiomas y que últimamente apareció en Buenos Aires en su edición española.

DISCURSO DEL GENERAL DON JOSE ASENSIO

Después de ensordecedora ovación, dirigió la palabra al público el General don José Asensio, uno de los pocos militares leales a la República en aquellos días de vida o muerte de 1936. Asensio glosó los momentos mencionados por Barea y recordó el acto emocionante de ordenar disparar el primer cañonazo sobre el Cuartel de la Montaña, orden que él tuvo el honor de dar.

El General Asensio se expresó en términos de gran optimismo, afirmando que lo que importaba era el futuro, y que a éste deberían tender todos nuestros esfuerzos, invocando el apoyo de todos los españoles en la enorme tarea de devolver a España sus libertades.

El General Asensio hizo mención igualmente a la política internacional y a la lentitud de las negociaciones entre los Estados Unidos y Franco, recordando que el dictador español es un traidor nato cuyos actos tienden siempre hacia la traición. También se refirió al ejemplo que esa complacencia con Franco tiene en la América Latina, diciendo que en los últimos cinco años, el Continente americano está lleno de 19 de julio, como lo demuestran los tristes ejemplos de Colombia, Venezuela y otros, siendo el último el golpe de Batista en Cuba.

DISCURSO DE DON CARLOS ESPLA

Para nosotros, los republicanos españoles, esta fecha, cuyo aniversario nos congrega aquí, es dolorosa porque marca la iniciación del crimen, el comienzo de la traición, el principio del fin del régimen que en 1931 nos habíamos dado los españoles libremente; pero es gloriosa porque evoca el heroismo del pueblo para defenderlo y nos permite recordar con orgullo, al contemplarla con lejanía histórica, la obra que ésta realizó.

Cierto que en este largo destierro nuestro, los republicanos españoles no debemos limitarnos a ser —peligro que ya se nos ha advertido— republicanos de conmemoraciones, hombres de recuerdos en conserva, suspendidos en el pasado: 14 de abril, 10 de agosto, 6 de octubre, 16 de febrero, 19 de julio... Fechas nimbadas de júbilo unas, de amarguras otras, que jalonan la vida breve y plena de nuestra República. Pero mal haríamos si, al arrancar una cualquiera de esas hojas de nuestro almanaque republicano, no dedicáramos unos momentos de meditación a lo que tal fecha significa en la historia de un pueblo que quiso vivir con libertad, regirse por normas de justicia y practicar la democracia. Hagamos hoy, pues, examen de la vida y de la obra de la República, y hagámoslo también los otros días sobresalientes de su historia.

El Pasado, Faro del Porvenir

No creáis que al mirar hacia atrás se dirige tan sólo la vista al pasado. En verdad, quizá sea ese el mejor modo que se nos ofrece de mirar también al futuro. Los hombres en cuyo pecho alienta la esperanza no hurgan sus tristezas o sus gozos por el solo afán de deplorar las unas o festejar los otros. Lo que hacen es proyectar sus meditaciones, con resplandores de enseñanza, hacia lo venidero. Una hoguera encendida en el pasado puede ser tan sólo un fulgor, a veces siniestro, en la histodia de ayer. Pero puede ser también un faro para la historia de mañana. Y así es como vemos brillar, en las noches —a menudo sin estrellas— de un largo destierro, las luces de esas fechas eminentes, una de las cuales conmemoramos hoy.

Es una fecha que, como ya dije, permite recordar con orgullo la obra que la República realizó y contra la cual se sublevaron todos los intereses a los que la República había justamente herido, todas las fuerzas del pasado que el nuevo régimen había atacado, todas las supervivencias, en fin, de los tiempos superados. Pero, se me dirá: ¿cabe sentirse orgulloso de una obra en el momento de certificar su destrucción? Sí, ciertamente. Porque en este caso la destrucción no es un fracaso, ni aun éste, si se quisiera calificarlo así, se debió a deficiencias de la propia obra o a virtudes y méritos de sus enemigos, sino a la acumulación de factores ajenos a la misma vida española, pero que se concertaron contra ella aprovechando la traición de unos militares sin honor alzados en armas contra su patria. Como hecho estrictamente español, como pugna entre unos españoles defensores de la República y otros enemigos de ella, la sublevación de 1936 hubiera sido vencida —y en verdad lo fué— en pocos días. La República —el pueblo, ¡poquísimas armas!, y el puñado de beneméritos militares leales que permanecieron fieles a ella, a la par que a su honor— hizo abortar la sedición en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Bilbao, en la mayor parte de España. Mas vencida ya la sublevación por la simple potencia republicana, se hizo a España víctima de lo que el presidente Avila Camacho calificó de "golpe de Estado internacional". He ahí toda la explicación de nuestro drama.

Golpe de Estado internacional contra el cual ninguna otra nación hubiera podido defenderse y salvarse a menos de contar también con ayudas internacionales, que a España le faltaron. Conviene recordarlo. Y conviene aprovechar las fechas de nuestro calendario republicano para proyectar luz sobre los hechos de nuestra historia para deshacer equívocos o apartar al observador de cualquier punto de mira vicioso, destruir prejuicios o lugares comunes aceptados ligeramente y restablecer la verdad en sus auténticas dimensiones de hecho cierto y en su interpretación exacta.

Cómo se perdió la República

Conviene hacerlo así porque cuando procedemos a esta suerte de exámenes sobre la vida y la obra de la República, es frecuente extremar el volumen de las culpas propias, cual si se olvidasen las ajenas, y, al analizar las causas del desastre español, solemos atribuirnos a nosotros mismos, republicanos españoles, responsabilidades que en realidad no nos alcanzan. En ocasiones se oye decir: Perdimos la República porque la República hizo esto o porque no hizo aquello. Y unas veces se le culpa de haber hecho poco, es decir, de haber intentado, según unos, una empresa superior a la resistencia de la sociedad española y a su capacidad de reforma, o de haber procedido tímidamente, según otros, dejando intactas las fuerzas enemigas de toda reforma. Y movidos por ese espíritu de mortificación que consiste en cargar uno mismo con las culpas ajenas, se ha llegado a veces a la paradójica conclusión de que los causantes de la pérdida de la República habíamos sido los mismos republicanos: la perdimos por lo que hicimos o por lo que dejamos de hacer. De eso a absolver, aunque involuntariamente, a los autores materiales del crimen, o sea a los falangistas y militares sublevados, no hay más que un paso, paso que en ocasiones han llegado a dar algunos republicanos en la virulencia de sus polémicas con otros republicanos. Pero todo eso no es sino desconocimiento u olvido de esta verdad fundamental, que conviene repetir: España fué víctima de un golpe de Estado internacional. Golpe de Estado internacional atraído, querido, fomentado por los militares felones que hicieron traición a su patria. Así queda nuestro drama perfectamente identificado.

Verdad es que la República pudo haber hecho más en algunos aspectos y quizá debió hacer menos en otros. Pero eso no le hubiera dado un amigo más —ni un enemigo menos— entre los mismos españoles. Y, por su parte, las fuerzas internacionales que consumaron el golpe de Estado hubieran sido en todo caso las mismas y hubiesen procedido contra la República en la misma forma. A Hitler y a Mussolini no les importaba gran cosa que en España se hubiera separado la Iglesia del Estado o que se hubiese aprobado el Estatuto de Cataluña o que se aplicase en unos pueblos de La Mancha la ley de términos municipales o que se hiciese la reforma del Ejército o que se presentase a las Cortes un presupuesto nivelado o que se creasen escuelas en toda España. A los dictadores europeos de 1936 lo que les interesaba era que en España hubiera un régimen dócil a la realización de sus planes de dominación mundial; lo que les interesaba era que, por propia traición española, se instalase en el poder, en la Península, uno de sus Quislings. Franco, en efecto, no fué más que eso, un quisling. Y lo fué como no lo hubiera sido, sin duda, Sanjurjo, que era acaso menos vil que él, ni Mola, que era más inteligente. Lo fué con plena devoción a la causa del totalitarismo mundial mientras pareció triunfante, sin inconveniente de abandonarla luego cuando resultó muy provechoso servir a la causa contraria.

La Conducta de la República en Polítima Exterior

Al contemplar, por una parte, los frutos dolorosos de la limpia conducta internacional de la República y de los republicanos, y, por la otra, los beneficios que Franco ha obtenido de su indigna doblez, no ha faltado quien pensara que quizá hubiera sido mejor para la Patria tener una política internacional de menos probidad, o sea, haber tratado de entenderse con Hitler y con Mussolini. En primer lugar, yo no comprendo cómo puede considerarse que sea mejor una política sin probidad. Y lo mismo sabe pensar de las naciones. En realidad, lo que se quiere decir con eso es que la República pudo y debió hacer una política que fuera la negación misma de su esencia. Mas para eso ninguna falta habría hecho la República, y no sé en verdad por qué habríamos tenido que esforzarnos en luchar por su advenimiento. Claro que una República al servicio del totalitarismo del Eje no hubiera tenido la enemiga de Hitler y de Mussolini, del mismo modo que una República que no hubiera tratado de resolver el problema de la intolerancia religiosa, ni hecho efectivas las autonomías regionales, ni realizado la reforma agraria, ni abierto las vías del saber y de la instrucción a todos los españoles, ni practicado la democracia, ni dignificado las costumbres políticas de España, ni mejorado la situación de los trabajadores de la industria y del campo, no hubiera ultramontanos fanáticos, de terratenientes egoístas, de patrioteros de charanga, de explotadores de la ignorancia y del trabajo ajenos, de todos los pícaros, en fin, que la combatieron. Pero una República así no hubiera sido República. Y hay que afirmar ahora y siempre un concepto del cual nunca nos apartaremos los republicanos españoles: nosotros quisimos una República que fuera realmente República. Y lo que todavía queremos es una República que sea verdadera República. Esto excluye, naturalmente, la adulteración de su obra y de sus principios. La excluye en un sentido y en otro. Ni totalitarismos ni extremismos. Lo que quisimos —y todavía es esto lo que queremos— es que la República fuera —sea— un régimen de progreso, de prosperidad, de justicia y de libertad, regido por las mismas normas de las grandes democracias y capaz de realizar una obra análoga a la de éstas.

También se nos ha dicho que si la República hubiera tenido una política internacional más definida, acuerdos más concretos con las democracias, y, singularmente, un tratado de defensa mutua con Francia y con Inglaterra, no se hubiera visto abandonada por las potencias democráticas en el momento de la agresión totalitaria. Como todos los argumentos de base puramente hipotética, éste es un argumento de una absoluta inconsistencia e irrealidad. En primer lugar, la República sí que tenía una política internacional bien definida, que consistía en su adhesión a la política de seguridad colectiva basada en el Pacto de la Sociedad de Naciones, cuyos principios incorporó la República a su propia Constitución. Y por otra parte, la política de amistad con Francia, Inglaterra y América que llevó a cabo la República y la ruptura de la que en sentido contrario había tramado la dictadura de Primo de Rivera, con la Italia fascista, definían perfectamente una posición clara en el orden internacional. La República sí que tuvo una política internacional. Lo que ocurrió es que, cuando se produjo la agresión totalitaria contra España, en el momento del golpe de Estado internacional contra la República, las potencias democráticas, ya amedrentadas por la arrogancia de los países nazifascistas, no se atrevieron a cumplir con las obligaciones que les imponía, con respecto al país agredido, el Pacto de Ginebra. Estaban ya temerosamente dispuestas al entreguismo, al apaciguamiento, del que fué trágica y grotesca manifestación inicial el Comité de No Intervención, cuyo único logro, como certeramente señaló Azaña, fué la no intervención de la Sociedad de Naciones.

Cierto es que España no tenía concertados tratados especiales de defensa mutua con Francia e Inglaterra. Pero con el primero de esos países tenía vigente, por ejemplo, un tratado de comercio, en virtud del cual España se obligaba a comprarle armas. Había sido ésta una exigencia de Francia, por la necesidad de fomentar sus exportaciones industriales. Pues bien, el gobierno francés, por obra y gracia de la política de no intervención, consideró que cuando España necesitaba armas para combatir a la sublevación era precisamente cuando no podía vendérselas. Quedó, pues, incumplido aquel tratado de comercio. Y lo mismo hubiera quedado incumplido, sin duda, cualquier otro pacto político o militar de ayuda mutua, porque tal fué en aquellos trágicos momentos la política de apaciguamiento. ¿O acaso no se recuerda lo que le ocurrió a Checoeslovaquia, que sí tenía concertados tratados especiales de garantía y defensa mutua, que de nada le sirvieron? Recordemos bien los hechos. La verdad es que si se hizo de España víctima de un golpe de Estado internacional no fué porque careciera de una política internacional definida o porque hubiera descuidado el concertar garantías comunes para su defensa: España fué agredida, sencillamente, porque así convenía a los planes de dominación internacional de los dictadores totalitarios, y se toleró internacionalmente que la agresión se consumase y se consolidaran sus efectos porque en aquellos trágicos y vergonzosos momentos internacionales, algunas democracias, puestas a elegir —según frase tremenda de Winston Churchill— entre el deshonor y la guerra, optaron por el deshonor, sin evitar por eso la guerra.

(Pasa a la 2a. Página)

El cuerpo de Marcelino Domingo debe reposar en una sepultura perpetua

Todos los republicanos saben que en el cementerio de Terre-Cabade, en Toulouse, (Francia), reposan los restos del que fué guía y ejemplo de nuestro partido, el gran educador y tribuno Don Marcelino Domingo. Murió en acto de servicio, cuando se trasladaba desde París al sur de Francia para intervenir, cerca de las autoridades francesas, en favor de los compatriotas internados en los campos de concentración, al iniciarse el trágico éxodo. Falta de recursos, su viuda no pudo sufragar los gastos correspondientes a su inhumación en una sepultura perpetua. Marcelino Domingo fué bondadosamente acogido en un modesto panteón familiar, propiedad de unos españoles residentes en la ciudad gala desde hacía tiempo. Allí fueron sepultados sus restos con carácetr provisional.

La esperanza de poder trasladarlo un día a Tortosa, su tierra querida, alentó durante toda la guerra mundial a la viuda, segura de que al final de la gran contienda, hecha justicia a la democracia española, los restos de nuestras figuras gloriosas irían a descansar el sueño eterno en el solar sagrado de la Patria. Y esta ilusión hizo que el generoso ofrecimiento de dicha familia española fuera aceptado. Pero el tiempo pasa y ha llegado la hora de que los republicanos, especialmente los hombres de Izquierda Republicana sepan en qué forma está enterrado Marcelino Domingo, cómo gracias a la caridad ajena ha podido hallar cobijo su cuerpo. Pero deben saber también que un día esta situación puede modificarse y los restos de nuestro maestro pueden ir a parar a la fosa común, perdiéndose así la posibilidad de conducirlos a España el día en que el sol de la libertad amanezca en el horizonte de la patria.

Seguramente los republicanos ignoran esta triste realidad. Es un deber de Izquierda Republicana hacer que Marcelino Domingo posea, en propiedad, la tierra en que descansa para siempre; deber ineludible y urgente, cuestión de honor, diríamos, que nadie puede rehusar. En estas circunstancias, el Ateneo Salmerón hace un llamamiento a todos los demócratas españoles, pero sobre todo a los correligionarios de Izquierda Republicana, para que cooperen en la medida de sus posibilidades a cubrir una subscripción, que queda abierta desde hoy, y con cuyo importe se proyecta adquirir una sepultura en propiedad, y construir un sencillo mausoleo con la inscripción del nombre glorioso. Estimamos que los afiliados de Izquierda Republicana pueden y deben bastarse para cumplir esta obligación ellos solos. No importa la cuantía de la cuota. Lo que interesa es que ni uno solo de nuestros hombres esté ausente. Ese será el mejor homenaje a su memoria y la prueba más elocuente y sentida de nuestra devoción por quien vivió para la República y murió en la mayor pobreza pensando en las desgracias de España y de los españoles.

LAS IDEAS Y LOS HOMBRES

Edouard Herriot, octogenario glorioso

Por ALVARO DE ALBORNOZ

La política francesa, con frecuencia tan mal juzgada a distancia, tiene una tradición intelectual que le da una fisonomía y un rango inconfundibles. Se diría el racionalismo cartesiano presidiendo, lo mismo que a las creaciones científicas, a las manifestaciones del genio popular. No en vano Taine, aunque con intención peyorativa, presentó la gran Revolución como una construcción ideológica del espíritu clásico. Bajo la Restauración, el doctrinarismo, que en la política de otros países es empirismo vulgar, cuando no oportunismo miserable, responde en Francia a la inspiración de un pensador del calibre de Royer-Collard. Bajo la Monarquía de Julio, la derecha francesa es Guizot y los escarceos de la izquierda se inician con Thiers, los dos publicistas ilustres, historiadores de renombre europeo. El segundo Imperio, como todos los regímenes dictatoriales, rebaja la categoría intelectual de los gobernantes, en quien se busca más que la competencia, la adhesión servil. Pero la tercera República, tras las dificultades de los primeros tiempos, reincorpora a la política lo más excelso del pensamiento francés, que se manifiesta tanto en las esferas gubernamentales como en las trincheras de la oposición.

Surgen así, de una tradición que no se ha extinguido y que remonta las cumbres del siglo, en medio de luchas que enaltecen por igual a la prensa y a la tribuna francesas, y a las que no es ajena la cátedra, el radicalismo de los Brisson, de los Bourgeois, de los Clemenceau, y el socialismo de los Jaurés y de los Blum. El radicalismo, en el que se dan cita los espíritus más combativos de Francia, tiene el precedente del republicanismo romántico de 1848, que cree en todos los nobles ideales que ha ido forjando la cultura europea, la independencia de las naciones, la libertad de los pueblos, la abolición de la guerra y del verdugo, los Estados Unidos de Europa, la Federación Universal. El socialismo de Jaurés, el gran historiador y orador qúe ocupa en la tribuna el sitio que ha dejado Mirabeau, y de Blum, el insigne normaliano, de dialéctica tan fuerte como sutil, uno de los espíritus más finos de la Francia contemporánea, es el socialismo humanista, el socialismo democrático, el socialismo liberal, el socialismo francés, que cree que no puede haber emancipación obrera sin la emancipación humana, que la justicia no puede existir sin la libertad, y que son igualmente odiosos todos los autoritarismos integrales que aspiran a la regeneración de la especie mediante la anulación del hombre.

La corriente central de este gran movimiento, que arrastra incluso a las derechas contagiándolas de izquierdismo, el punto de confluencia de radicalismo y socialismo es la tendencia radical-socialista, que se condensa y expresa en uno de los partidos políticos más poderosos de Francia, de más hondo arraigo en el espíritu nacional francés. En todo buen radical-socialista, hay un jacobino, no a la manera de Robespierre, con sus ideas geométricas y su rígida moral simplista, pero sí a la de Danton con su mezcla de pasión revolucionaria y de buen sentido. El radical-socialista tiene del jacobino el patriotismo ardiente, el amor a la justicia, el espíritu anticlerical, el prurito democrático, un concepto del Estado, a la vez nacional y universal, por encima de los intereses de clase. El radical-socialista es el sans-culot convertido en legítimo propietario por la gran Revolución y quiere esa propiedad legítima para todos dentro de un orden legal y justo. El mejor ejemplo, tal vez, de radical-socialista es el instituteur —acaso hoy socialista moderado— una síntesis de la Universidad y el pueblo, aun más típico en el campo que en la ciudad. Clemenceau decía a Jaurés en un debate célebre que los socialistas, no eran sino unos excelentes radicales. En este sentido, se podría decir que el alma de Francia es todavía jacobina y el espíritu radical-socialista el espíritu nacional francés.

Y la figura central del movimiento radical-socialista es el gran Herriot, el famoso alcalde de Lyon, varias veces presidente del Consejo de Ministros y de la Cámara de Diputados, presidente hoy de la Asamblea Nacional. Acreditan su alcurnia intelectual las delicadas páginas ofrendadas en un bello libro a madame Recamier y las consagradas en otro notable estudio al inmortal Beethoven. En los ratos que la política le dejan libres, investiga viejas historias en los archivos lyoneses. Pero es sobre todo un insigne orador, el más grande orador de la Francia actual. Tiene la inspiración del patriota, que le sube del contacto con la tierra, y el numen de tribuno que le baja del cielo de las ideas. Es a la vez orador y conferenciante, y posee esa dicción perfecta que nos maravillaba en Brunetiere y en Bergson en nuestra mocedad. Es elocuente insinuante persuasivo, y ni aun en sus exaltaciones tribunicias rompe la compostura. Como en Vergniaud, en Danton, en Gambetta, en Clemenceau y en Jaurés, ha fulgurado muchas veces en su palabra desde lo alto de la tribuna, el alma francesa. En sus grandes momentos supo hacer de la tribuna de Francia la tribuna de Europa.

Y es de las pocas voces sinceras que hoy puede escuchar ,en medio del silencio que imponen las dictaduras y de los convencionalismos a que rinden culto las democracias, la doliente y desorientada humanidad. No ha mucho advertía y amonestaba por igual a los Estados Unidos y a la Rusia soviética, ante el torpe juego diplomático que va acercándose a la suprema catástrofe.

Hace pocos días cumplió el gran francés, el gran europeo, ochenta años. Ha llegado a ellos tan joven de espíritu como cuando hacía sus primeras armas en los mítines de Lyon. Francia entera, que tiene en él, como Inglaterra tuvo en Gladstone, su "gran anciano", le rindió el homenaje que merece su gloriosa vida. Y nosotros le enviamos nuestro respeto y admiración por ella, con nuestra gratitud por su alto valor ejemplar, desde este México que nos endulza el destierro con la más franca y cordial de las hospitalidades.

Trifón Gómez, el franquismo y la libertad sindical

En el discurso que pronunció en el homenaje que le dedicaron sus compañeros socialistas en México, Trifón Gómez hizo algunas afirmaciones que queremos subrayar y comentar brevemente, afirmaciones que encierran una extraordinaria gravedad.

Trifón Gómez, especulando sobre hipótesis, quiso plantear el problema de un regreso a España, bajo el régimen franquista, en el caso en que hubiera posibilidad de reorganizar en el interior del país la Unión General de Trabajadores y, por consiguiente, de actuar en alguna forma siguiendo las orientaciones sindicales de la UGT. Aludió al pensamiento que tienen sobre el particular algunos dirigentes sindicalistas norteamericanos, quienes entienden que los Estados Unidos —en su política de estira y afloja— pueden forzar a Franco a proclamar la libertad de organización sindical como concesión previa e ineludible a la ayuda económica con que sueña el dictador español. Trifón Gómez estima que la influencia de la Unión General de Trabajadores, como entidad exilada, puede llegar a ser prácticamente nula si Franco restableciera la libertad sindical, porque no habría ya pretexto o justificación alguna para que la UGT siguiera en la emigración al brindársele ocasión de actuar en el interior de la patria.

Sin ánimo de ofender a Trifón Gómez, cuya recta intención es innegable dentro de la ortodoxia sindical, hemos de calificar de ingenuos sus puntos de vista, además de ser contrarios por completo a nuestros principios y no menos opuestos a cuanto ha acordado hasta la fecha el Partido Socialista y la propia Unión general de Trabajadores, acérrimos enemigos de pensar en un regreso a España bajo el régimen de Franco.

Trifón Gómez confunde lamentablemente la situación actual de España con la que existió de 1923 a 1930, bajo la dictadura del general Primo de Rivera. Este no cercenó totalmente la libertad sindical, y al amparo de una cierta tolerancia los sindicatos, en especial los de la UGT, pudieron desenvolverse. Aquel sistema de gobierno fué muy diferente de lo que es la tiranía franquista. Primo de Rivera no creó una estructura económica nueva, no modificó esencialmente la organización del Estado, mientras que la Falange, con su vertebración sindical y su sistema económico intervencionista ha variado por completo su estructura. Entonces los sindicatos —aunque fueran adversos en su espíritu al régimen— pudieron vivir y defender sus intereses cumpliendo su cometido a través de los comités paritarios. Primo de Rivera no dictó tampoco disposición alguna que anulara de una manera especial el derecho de huelga. Se equivoca Trifón Gómez si supone que ahora, en España, bajo el franquismo, sería posible a la UGT hacer lo mismo.

Pero es que hay más: resulta curioso que hombre tan experto y tan inteligente como Trifón Gómez admita la hipótesis —ni remotamente aceptable— de que Franco puede llegar a acordar la libertad sindical. Que lo crean los norteamericanos, pase. Pero que lo suponga un español que conoce a fondo el problema y que sabe cuál es la esencia del régimen que padece España, nos parece inconcebible. Porque ¿qué es lo que entiende Trifón Gómez por libertad sindical?: para nosotros, la libertad sindical es la libertad de organización, la libertad de expresión —aunque fuera limitada al seno de los sindicatos— el derecho de huelga, esto es, la libre lucha por las reivindicaciones sociales, máximas garantías —todas las garantías— para los dirigentes, etc. ¿Cree sinceramente Trifón Gómez que Franco —aunque quisiera— puede otorgar todas esas libertades y derechos? Si lo hiciera dejaría de existir en el acto. Equivaldría a un suicidio del régimen.

Creer en la democratización de Franco puede ser un buen deseo —rayano en el infantilismo— sentido por los extranjeros ansiosos de que se modifiquen las condiciones del problema español de la manera más simple —y para ellos más cómoda—, deseo que podemos disculparles, como les hemos disculpado tantas cosas. Pero no caigamos inocentemente en la trampa, y al proclamar, de modo más o menos claro, que tal eventualidad puede producirse demos armas a quienes querrían que la cuestión española se liquidase mediante nuestra resignación o nuestro conformismo.

Noticias del gobierno de la República

REUNION DE DIPUTADOS EN PARIS

A su regreso del viaje que hizo a México, a Guatemala y a Cuba, el Jefe del Gobierno Republicano, Don Félix Gordón Ordás, convocó en París a una reunión a los miembros de la Diputación Permanente de las Cortes. A ella asistieron, además del Presidente de las Cortes, Don Ramón Nogués, los señores Irujo, Martínez Moreno y Elfidio Alonso. El motivo de la reunión consistió en dar cuenta de las impresiones recogidas en el curso de ese viaje.

Con el mismo propósito el señor Gordón Ordás convocó después a los Diputados residentes en París. Y a esta reunión, a la que asistió el Presidente de las Cortes, Sr. Nogués, acudieron los señores Irujo, Martínez Moreno, Elfidio Alonso, Maldonado, Valera, Just y Martínez Risco.

El Sr. Gordón Ordás hizo también en esta reunión una amplia exposición de las gestiones que llevó a cabo en América, repitiendo en todos sus términos las declaraciones que había hecho al convocar a la Diputación Permanente. Comenzó lamentándose de que no se le hubieran dado facilidades para que las Cortes pudieran haberse reunido con eficacia en México, ya que no encontró el eco que esperaba en su propósito de reducción del "quorum". Ante tales dificultades el Sr. Gordón renunció a su inicial proyecto de reunir el Parlamento, afirmando a continuación que "no pudiendo funcionar de manera eficaz había comenzado ya una vacación indefinida del Parlamento", pero que pensaba que el contacto del Gobierno con las Cortes podía lograrse "sometiendo por escrito a las Directivas de las Minorías los proyectos que aquél tuviera, con lo que estaría así asesorado". El Sr. Gordón Ordás calcula que hay aún unos ciento veinticinco diputados, por lo que concluyó diciendo que "las Cortes existen aunque no puedan funcionar".

Intervino después brevemente el Sr. Irujo y a continuación lo hizo el diputado de Izquierda Republicana, Don José Maldonado, quien, después de agradecer la deferencia de convocar a los diputados para informarles de su gestión, indicó al Sr. Gordón Ordás que le parecía grave su afirmación de "dejar al Parlamento en vacación indefinida, mejor dicho, que se reconociera la existencia de esa vacación de las Cortes, que son la piedra angular del edificio institucional". El Sr. Maldonado añadió que este problema no hubiera habido necesidad de plantearlo si el Gobierno poseyera una mayoría parlamentaria presunta, fórmula con la que habían podido subsistir otros ministerios en el destierro, criterio político válido igualmente para lo futuro y que no es más que una interpretación, amplia perro correcta, de los preceptos constitucionales.

Como decimos, a esta reunión de diputados no asistió el Presidente de las Cortes, Sr. Nogués —tan celoso de sus funciones— y no sabemos, por tanto, qué es lo que éste pensará de las manifestaciones del Sr. Gordón Ordás y del criterio expuesto por el Sr. Maldonado.

EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA Y EL 14 DE JULIO

El Gobierno de la República rindió homenaje a Francia con motivo de su fiesta nacional, depositando una corona de flores en el monumento al soldado desconocido en el Arco del Triunfo. El Sr. Gordón Ordás, acompañado de los ministros y de numerosos republicanos españoles fue ese día al Monumento de la plaza de l'Etoile, mereciendo este gesto los mayores elogios por parte del numeroso público francés que lo presenció.

IMPOSICION DE LA ORDEN DE LIBERACION A LOS SEÑORES SERGE DENIS Y DANIEL MAYER

El Gobierno de la República celebró dos actos, consistentes en la imposición de las insignias de la Orden de Liberación al gran hispanista Sr. Serge Denís, Inspector General de Instrucción Pública, y al ex-ministro y diputado socialista francés Sr. Daniel- Mayer.

El Sr. Denís, que es un gran amigo de España, presta acogida cariñosa a universitarios españoles emigrados, encargados de la enseñanza de nuestra lengua y de nuestra literatura en diversos centros de la Universidad francesa. El Sr. Daniel Mayer es un fervoroso defensor de la causa de la República española, tanto en Francia como en las reuniones internacionales a que acude. Por eso el homenaje que el Gobierno les ha dedicado ha sido favorablemente comentado como un acto de la más pura justicia.

EL VIAJE DEL SR. GORDON ORDAS YUGOESLAVIA

El Jefe del Gobierno Republicano, Sr. Gordón Ordás hizo un viaje a Yugoeslavia acompañado del Ministro de Información, doctor Eugenio Araúz, siendo recibido efusivamente por el mariscal Tito, quien subrayó la gran amistad que siente el régimen yugoeslavo por la República española y su solidaridad en nuestra lucha.

El Gobierno yugoeslavo había formulado hace tiempo esta invitación al Gobierno de la República española, y ha sido ahora, bajo la presidencia del Sr. Gordón Ordás, cuando se ha realizado este viaje.

EL MINISTRO DE ESTADO DON FERNANDO VALERA EN EL CONSEJO DE LA UNION INTERPARLAMENTARIA

Don Fernando Valera, Ministro de Estado, asistió en su calidad de diputado y de miembro del Consejo de la Unión Interparlamentaria a la reunión celebrada por este Consejo en Niza. El Sr. Valera pronunció en esta reunión un interesante discurso sobre el Parlamento Universal.

Opiniones de un Fraile

LA TIRANIA FRANQUISTA ES PEOR QUE LA INQUISICION

COPIAMOS DE "ESPAÑA REPUBLICANA" DE BUENOS AIRES:

Desde el convento donde reside, en España, un fraile escribe a un amigo nuestro en los términos siguientes:

"No se imagina usted lo comprometido que es aquí salirse del pensamiento oficial o ideario impuesto y hablar en público por cuenta propia. La opresión del pensamiento da quince y raya a todos los rigores de la Inquisición. La mentalidad obtusa y chata que crea esta situación la ve usted patente en la actual prensa española. ¡Dichosos los que pueden dedicar sus talentos y energías a la defensa de la madre patria!"

CORRELIGIONARIO:

NUESTRO PERIODICO NECESITA DE TU AYUDA.

ES MENESTER QUE CONTRIBUYAS DE ALGUNA FORMA A SU PUBLICACION REGULAR Y A SU DIFUSION.